

Aquello había terminado: disolvióse poco á poco el grupo de curiosos, y el servicio de la estación recobró su habitual actividad. Roubaud, sobre todo, tuvo que correr á presenciar la formación del mixto de las nueve y cincuenta, que ya se iba llenando de viajeros. Había dado á Santiago un apretón de manos más vigoroso que de ordinario; y éste, que se quedó solo con Severina, detrás de la mujer de Lebleu, de Pecqueux y de Filomena, se creyó en el deber de acompañarla hasta la escalera de los empleados, no hablando palabras qué decirle, pero sujeto á su lado, no obstante, como si algo lo encadenase allí. A la sazón mostrábase el día más sonriente, el sol se presentaba vencedor de las nieblas de la mañana, en el purísimo cielo azul; mientras que la brisa del mar aumentada su fuerza con la marea que subía, aportaba su salada frescura. Y como se apartase de Severina, mediante una vulgar palabra de despedida, tropezó de nuevo con sus rasgados ojos, cuya dulzura y dolorosa impresión le habían emocionado tanto.

Pero sintióse un prolongado silbido. Era Roubaud que daba la señal de partida. Contestó la máquina con otro no menos prolongado y más estridente, y el tren de las nueve y cincuenta comenzó á rodar, lentamente al principio, veloz después, hasta que desapareció á lo lejos en medio de la dorada polvareda de los rayos del sol.

## IV

Aquel día, en la segunda semana de Marzo, el señor Denizet, Juez de instrucción, había citado nuevamente en su despacho del Palacio de Justicia de Rouen á varios testigos importantes de la casa Grandmorin.

Hacía tres semanas que esta causa estaba dando gran ruido. Traía trastornados á Rouen y á París, y los periódicos de oposición, en la violenta campaña que sostenían contra el Imperio, se habían apoderado de ella como de una máquina de guerra. La proximidad de las elecciones generales encarnizaba la lucha. En la Cámara se produjeron sendas discusiones: una en que se discutió agriamente la validez de los poderes de dos diputados adictos á la persona del emperador, y otra en que se encarnizaron contra la gestión económica del Prefecto del Sena, reclamando la elección de un Consejo municipal. La cuestión Grandmorin llegaba muy á propósito para continuar la agitación; circulaban las historias más extraordinarias; los periódicos traían todas las mañanas nuevas hipótesis injuriosas para el Gobierno. De una parte dejábase entrever que la víctima, un familiar de las Tullerías, antiguo magistrado condecorado con la Legión de Honor y hombre riquísimo, se había entregado á maldades de las del peor género; de otra,

como la instrucción del proceso no había dado resultado práctico alguno, comenzaban á acusar á la policía y á la magistratura de complicidad, diciendo muchos apópsitos de este asesino legendario que permanecía ignorado. Si había mucha verdad en estos ataques, no eran por ello menos duros de soportar.

Así, pues, el señor Denizet sentía perfectamente toda la responsabilidad que pesaba sobre él. Este señor se apasionaba también tanto más cuanto que tenía ambición y esperaba ardientemente un negocio de esta importancia para dar á luz las altas cualidades de perspicacia y energía que él se atribuía. Hijo de un normando que se dedicaba á la cría de ganado, había estudiado Derecho en Caen y había entrado bastante tarde en la magistratura, donde su origen humilde, agravado por una quiebra de su padre, había entorpecido sus ascensos. Sustituto en Bernay, en Dieppe y en el Havre, había tardado diez años en llegar á ser procurador imperial en Pont-Audemer. Luego, enviado á Rouen otra vez como sustituto, era juez de instrucción hacía diez y ocho meses, á los cincuenta años de edad. Sin fortuna, acosado de necesidades que no podían satisfacer sus escasos rendimientos, vivía en esa dependencia de la magistratura mal pagada, aceptada únicamente por los espíritus medianos y donde las inteligencias se devoran en espera de venderse. El poseía una inteligencia muy viva, bien desarrollada y hasta honrada; tenía amor á su oficio, embriagado de su omnipoten-

cia que le hacía en su despacho de juez, dueño absoluto de la libertad de los demás. El interés era lo único que corregía su pasión; tenía tan vivos deseos de ser condecorado y de pasar á París, que después de haberse dejado llevar, el primer día de la instrucción, de su amor á la verdad, ya no avanzaba más que con extrema prudencia, tratando de adivinar por todas partes dónde habría una hondonada en cuyo fondo pudiese zozobrar su porvenir.

Hay que decir que el señor Denizet era prevenido, pues desde el principio del sumario un amigo le aconsejó que fuese á París al Ministerio de Justicia. Allí había hablado largamente con el secretario general, señor Camy-Lamotte, personaje importante que tenía gran prestigio entre el personal, encargado de los nombramientos, y en continuas relaciones con las Tullerías. Era un hombre excelente, que había comenzado también por ser sustituto, pero que llegó á ser diputado y gran oficial de la Legión de Honor, gracias á sus relaciones y á su mujer. El asunto le había caído naturalmente entre manos; el procurador imperial de Rouen, inquieto por este drama cuya víctima era un antiguo magistrado, tuvo la precaución de trasmitirlo al Ministerio, el cual á su vez lo había delegado en su secretario general. Precisamente el señor Camy-Lamotte era antiguo condiscípulo del presidente Grandmorin, algunos años más joven que él, y del cual siguió siendo tan amigo que lo conocía muy á fondo hasta en sus vicios.

Así es que hablaba de la muerte trágica de su amigo con profunda aflicción; manifestó al señor Denizet su ardiente deseo por encontrar al culpable. No trataba de ocultar que en las Tullerías andaba todo el mundo muy disgustado con aquel formidable clamoreo y hasta se permitió recomendarle mucho tacto. En suma, el juez había comprendido que haría bien en no apresurarse y no hacía nada sin obtener previamente el beneplácito de sus superiores. Habíase vuelto á Rouen en la seguridad de que, por su parte, el secretario general había lanzado agentes, deseoso también de favorecer la instrucción del sumario. Querían conocer la verdad, para ocultarla mejor si era necesario.

Sin embargo, pasaban los días, y el señor Denizet, á pesar de sus esfuerzos de paciencia, se irritaba contra los dichos de la prensa. Luego reaparecía el polizonte, olfateando como un buen perro. Arrastrábalo la necesidad de encontrar la verdadera pista, de ser él quien primero topase con ella, pero dispuesto estaba á dejarla si se lo mandasen. Y mientras esperaba del Ministerio una carta, un consejo, una simple indicación, que ya tardaba en venir, proseguía activamente su instrucción. Dos ó tres detenciones se habían verificado sin que hubiesen podido sostenerse. De repente la apertura del testamento del presidente Grandmorin despertó en él una sospecha que ya había asomado á su cerebro en los primeros momentos: la posible culpabilidad del matrimonio Roubaud. Este testamento, lleno de

extraños legados, contenía uno, por el cual Severina era instituída legataria de la casa situada en el lugar denominado Croix-de-Maufras. Desde aquel momento, el móvil del asesinato, vanamente buscado hasta entonces, quedaba descubierto: el matrimonio Roubaud, conociendo el legado, había podido asesinar á su bienhechor para entrar en posesión inmediata. Esta idea le asediaba tanto más, cuanto que el señor Camy-Lamotte había hablado especialmente de la mujer de Roubaud como habiéndola conocido en épocas pasadas en casa del presidente cuando aún era muchacha.

¡Pero cuántas inverosimilitudes é imposibilidades materiales y morales! Desde que dirigía sus investigaciones por este camino tropezaba á cada paso con hechos que daban al traste con su concepción de un sumario clásicamente llevado. Nada se aclaraba; la causa primera, que debía iluminarlo todo como foco principal, faltaba.

Otra pista existía también, que el señor Denizet no había echado en olvido: la suministrada por el mismo Roubaud al decir que bien pudo subir alguien á la berlina en la confusión que se produjo al partir el tren. Aquel era el famoso asesino legendario, imposible de encontrar, de que hablaban todos los periódicos de oposición. El esfuerzo de la instrucción había llegado en un principio á señalar á este hombre, que había partido en Rouen, y se había bajado en Barentín; pero nada práctico había resultado; algunos testigos negaban hasta la

posibilidad de asaltar una berlina reservada y otros daban señas enteramente contradictorias. Y la pista no parecía conducir á nada bueno, cuando el juez, interrogando al guarda-aguja Misard, descubrió sin quererlo la dramática aventura de Cabuche y Luisita, esa niña que, violada por el presidente, había ido á morir á casa de su buen amigo. Esto fué para él un rayo de luz; el acta de acusación clásica se formuló en su cabeza. Todo se encontraba allí: amenazas de muerte proferidas por el cantero contra la víctima; antecedentes deplorables y una coartada que se invocó con mala intención, imposible de probar. En secreto, en un minuto de inspiración enérgica, hizo sacar á Cabuche la vispera de la casita que ocupaba en medio de los bosques, especie de cubil perdido donde se había encontrado un pantalón manchado de sangre. Y, defendiéndose todavía contra la convicción de que estaba penetrado, prometiéndose no abandonar la hipótesis relativa al matrimonio Roubaud, se regocijaba ante la idea de que él solo había tenido la nariz bastante fina para descubrir el verdadero asesino. Para cerciorarse había citado aquel día en su gabinete á varios testigos interrogados ya, al día siguiente del crimen.

El despacho del juez de instrucción daba á la calle de Juana de Arco, en el viejo edificio derruido, al lado del antiguo palacio de los duques de Normandía, transformado hoy en Palacio de Justicia. Aquella extensa y lóbrega pieza, situada en el piso bajo, estaba alumbrada por una luz

tan opaca que había que encender una lámpara, desde las tres de la tarde en invierno. Empapelada con un papel verde descolorido, tenía por todo mueblaje dos butacas, cuatro sillas, el escritorio del juez, la mesa del escribano, y sobre la fría chimenea dos copas de bronce á cada lado de un reloj de mármol negro. Detrás del escritorio una puerta daba á otra pieza, en la que el juez ocultaba á las personas que quería tener á su disposición, mientras que a puerta de entrada se abría directamente al ancho corredor adornado de banquetas donde aguardaban los testigos.

Desde la una y media, aunque la cita judicial era á las dos, estaban allí Roubaud y su mujer. Llegaban del Havre, apenas habían tenido tiempo de almorzar en una fonda de la Grande Rue. Ambos vestidos de negro; él de levita, y ella con traje de seda como una señora, guardaban la gravedad algo cansada y triste de una casa que ha perdido un pariente. Severina se había sentado en una banqueta, inmóvil, callada, mientras que, en pie, con las manos unidas en la espalda, se paseaba Roubaud delante de ella. Pero á cada vuelta se encontraban sus miradas, y su oculta ansiedad pasaba entonces como una sombra por sus mudos semblantes. Aunque les había colmado de alegría el legado de la Croix-de-Maufras, acababa de reavivar sus temores; pues la familia del presidente, su hija, sobre todo, herida por las extrañas donaciones, tan numerosas que alcanzaban la mitad de la fortuna total, hablaba de atacar el testamento; y

la señora de Lachesnaye, empujada por su marido, se mostraba particularmente dura contra su antigua amiga Severina, á quien cargaba con las más graves sospechas. Por otra parte, el pensamiento de una prueba en que Roubaud no había caído en un principio, le mortificaba ahora con un miedo constante: la carta que hizo escribir á su mujer para decidir á Grandmorin á emprender el viaje, y que seguramente encontrarían si éste no la había roto. Felizmente, pasaban los días sin que nada sucediese; la carta debía haber sido inutilizada. Cada nueva cita en el gabinete del juez de instrucción producía al matrimonio sudores fríos, á pesar de su correcta actitud de herederos y testigos.

Dieron las dos y se presentó Santiago, que venía de París. Enseguida se acercó á Roubaud muy expansivo y le tendió la mano.

—¡Ah! ¿También á Ud. le han molestado?... ¡Qué fastidioso se va haciendo este triste asunto que no concluye nunca!

Santiago, al ver á Severina, siempre sentada é inmóvil, acababa de sentarse también sin hablar palabra. Hacía tres semanas que un día sí y otro no, en cada uno de sus viajes al Havre, el subjefe le colmaba de atenciones. Una vez hasta tuvo que quedarse á comer. Y junto á la joven se estremeció en turbación creciente. ¿Iba á desearla también? Su corazón palpitaba, sus manos abrazaban al ver solamente la línea blanca del cuello alrededor del escote. Estaba resuelto á huir de ella en lo sucesivo.

—¿Y qué dicen del asunto ese en París?—repuso Roubaud.—¿Nada nuevo, verdad? No se sabe ni una palabra, ni se sabrá nunca.... Hombre, venga Ud. á dar los buenos días á mi mujer.

Se lo llevó consigo; fué preciso que Santiago se acercara y saludase á Severina, cortada, sonriendo con su aire de niño medroso. Esforzabase por hablar de cosas indiferentes bajo las miradas del marido y de la mujer, que no se apartaban de él, como si hubiesen tratado de leer más allá aún de su pensamiento, en las vagas hipótesis á que él mismo no se atrevía á descender. ¿Por qué se mostraba tan frío? ¿Por qué trataba de evitar su presencia? ¿Acaso se despertaban sus recuerdos? ¿Acaso eran llamados de nuevo para carearles con él? ¡Ah, con qué gusto habrían conquistado ese único testigo á quien tanto temían! ¡De qué buena gana se hubieran unido á él por lazos de fraternidad tan estrecha, que le faltara valor para decir la menor cosa contra ellos!

El subjefe, torturado, fué quien volvió al asunto.

—¿De modo, pues, que no sospecha Ud. por qué razón nos citan? ¿A Ud. qué le parece, habrá alguna novedad?

Santiago tuvo un gesto de indiferencia.

—Cierta ruidó circulaba antes en la estación á tiempo que yo llegaba. Hablaban de una detención.

Los Roubaud se extrañaron, muy agitados, muy perplejos. ¿Una detención? ¡Pues si nadie les había dicho una palabra! ¿Era que iban á

practicar una detención ó que ya había sido llevada á cabo? Las preguntas llovían sobre Santiago, pero él nada más sabía.

En aquel momento, en el pasillo, un ruido de pasos hizo que Severina volviese la cabeza.

—Aquí están Berta y su marido—murmuró.

Eran, en efecto, los Lachesnaye. Pasaron muy tiesos delante de los Roubaud, sin que la señora de Lachesnaye tuviese una mirada para su antigua compañera. Un ujier les introdujo enseguida en el gabinete del juez de instrucción.

—Vaya, nos armaremos de paciencia—dijo Roubaud.—Nos darán un plantón de lo menos dos horas.... ¡Siéntese usted!

Acababa él de colocarse á la izquierda de Severina, y con la mano hacía señal á Santiago para que se sentara al otro lado, junto á ella. Este permaneció aún en pie un ratito. Luego, influido por la mirada dulce y medrosa de Severina, se dejó caer sobre el banquillo; y el calor tibio que emanaba de aquella mujer, durante el largo tiempo que estuvieron esperando, le fué entumeciéndolo lentamente.

La instrucción iba á empezar ya en el gabinete del señor Denizet, pues los interrogatorios habían suministrado materia suficiente para un legajo enorme, varias resmas de papel, con cubiertas azules. La justicia había hecho lo posible por seguir la víctima desde su salida de París. El señor Vandorpe, jefe de estación, había declarado lo que sabía sobre la salida del exprés de las seis y treinta: el coche 293, añadido á última

hora; las pocas palabras cruzadas con Roubaud, quién subió á su compartimento un poco antes de la llegada del presidente Grandmorin; finalmente, la instalación de éste en su cupé, en donde ciertamente estaba solo. Después fué interrogado el conductor del tren, Enrique Dauvergne, sobre lo que había sucedido en Rouen durante la parada de diez minutos, y nada definitivo pudo afirmar. Había visto á los Roubaud hablando delante del cupé, y creía de veras que se habían vuelto á su coche, cuya portezuela cerraría sin duda algún vigilante; pero aquello permanecía vago, indeciso, enmedio de los apretones de la muchedumbre y la escasa luz de la estación.

En cuanto á declarar sobre si un hombre, el famoso asesino oculto, había podido penetrar en el cupé cuando echaba á andar el tren, parecíale la cosa poco verosímil, aun admitiendo la posibilidad; pues á ciencia suya, ya dos veces se había dado un caso igual. Preguntados igualmente otros empleados del personal de Rouen sobre los mismos puntos, en lugar de aportar alguna luz, no hicieron más que enmarañar las cosas, por sus contestaciones contradictorias. Sin embargo, un hecho probado era el apretón de mano dado por Roubaud desde el interior del vagón al jefe de estación de Barentin, estando éste subido sobre el estribo: ese jefe de estación, el señor Bessière, había reconocido formalmente la cosa como exacta, y había añadido que su colega estaba solo con su mujer, la cual, medio recos-

tada, parecía dormir tranquilamente. Por otra parte, hasta se llegó á investigar qué viajeros habían salido de París en el mismo compartimento que los Roubaud.

Aquel señor y aquella señora, tan gruesos, llegados con retraso, á tiempo que iba á salir el tren, habían declarado que, como se adormilaron enseguida, nada podían decir; y en cuanto á la mujer vestida de negro, muda en su rincón, habíase desvanecido como una sombra y había sido del todo imposible encontrarla. Finalmente, otros testigos declararon aún, la gente menuda, los que habían ayudado á establecer la identidad de los viajeros que se habían apeado aquella noche en Barentín, pues según probabilidades, allí era donde había bajado el hombre: habían contado los billetes, consiguieron reconocer á todos los viajeros, menos uno, justamente un mocetón, envuelta la cabeza en un pañuelo azul, de paletot, según unos, y de blusa al decir de otros; nada más que sobre ese hombre, desaparecido, desvanecido como un sueño, había un legajo de trescientas diez piezas, con tal confusión, que cada testimonio era desmentido por otro.

Y el legajo se complicaba aún con piezas judiciales: el acta de reconocimiento, redactada por el secretario que el fiscal imperial y el juez de instrucción habían llevado al teatro del crimen; toda una voluminosa descripción del sitio de la vía férrea en donde yacía la víctima, de la posición del cuerpo, del traje, de los objetos encontrados en los bolsillos y que habían permitido

establecer la identidad; el informe del médico, traído también, un informe donde, en términos científicos, estaba ampliamente descrita la herida de la garganta, un espantoso tajo hecho con un instrumento cortante, un cuchillo sin duda; algunos informes más y otros documentos sobre la traslación del cadáver al hospital de Rouen, sobre el tiempo que había permanecido allí, antes que su descomposición, notablemente prematura, hubiese obligado á la autoridad á que le devolviera á la familia. Pero de todo aquel montón de papelotes, sólo quedaban dos ó tres puntos importantes.

Primeramente, en los bolsillos no habían encontrado el reloj, ni una carterita en donde debía haber diez billetes de mil francos, cantidad debida por el presidente Grandmorin á su hermana, la señora de Bonnehon. Habría, pues, parecido que el móvil del crimen era el robo, á no ser por una sortija adornada de un grueso brillante, encontrada en un dedo de la víctima. Otro motivo que daba una serie de hipótesis. No tenían, por desgracia, los números de los billetes del Banco; pero sí conocían el reloj, un reloj muy grueso, remontoir, ostentando en una tapa las dos iniciales del presidente, enlazadas, y al interior un número de fabricación, el núm. 2.516. Luego otro punto importante era el arma, la navaja empleada por el asesino; había promovido investigaciones considerables, á lo largo de la vía, entre las malezas de las cercanías, en todas partes, donde podían haberla tirado; pero todas las pesqui-

sas quedaron sin resultado; sin duda el asesino había ocultado la navaja en el mismo hoyo en que había escondido los billetes y el reloj.

Lo único que habían recogido, á unos cien metros antes de llegar á la estación de Barentin, era la manta de viaje de la víctima, abandonada allí como un objeto comprometedor, y figuraba entre las piezas de convicción.

Cuando los Lachesnaye entraron, el señor Denizet, de pie delante de su despacho, releía uno de los primeros interrogatorios que el secretario acababa de buscar en el legajo.

Era un hombre de estatura baja y bastante grueso, muy afeitado, y entrecano. Las mejillas espesas, su barba cuadrada y su nariz ancha, tenían una inmovilidad descolorida, aumentada aún por los párpados pesados medio caídos sobre gruesos ojos claros. Pero toda la sagacidad de que se creía dotado se había refugiado en la boca, una de esas bocas de comediante, dispuesta á hablar siempre de grandes ideales, dotada de movilidad pasmosa y adquiriendo una forma singular en los momentos que empleaba la astucia. En general lo que perdía era la demasiada fineza; era harto perspicaz, jugaba demasiado al escondite con la verdad simple y llana, y eso por un ideal del oficio, persuadido de que sus atribuciones le convertían en un tipo de anatomista moral, dotado de segunda vista, sumamente espiritual; además, no tenía nada de tonto.

Fué muy amable con la señora de Lachesnaye, acostumbrado como estaba á ser el magistra-

do mundano, que frecuentaba la sociedad de Rouen y de las fincas vecinas.

—Señora, tómese Ud. la molestia de sentarse.

Y él mismo presentó una silla á la joven, una rubia endeblucha, con aire desagradable y fea, vestida de luto. Pero no fué más que cortés, hasta un tanto áspero, con el señor de Lachesnaye, rubio también y enfermizo, pues aquel hombrecillo, consejero de audiencia desde la edad de treinta y seis años, condecorado merced á la influencia de su suegro y á los servicios de su padre, magistrado después, representaba á sus ojos la magistratura de favor, la magistratura rica, los mediocres que se ponían en evidencia, ciertos de un camino rápido por su parentesco y su fortuna; mientras que él, pobre, sin protección, se veía reducido á doblar eternamente la espalda en su papel de pretendiente, bajo la piedra, sin cesar suspendida, del ascenso. Así es, que no le disgustaba hacerle sentir en aquel reducido despacho su omnipotencia, el poder absoluto que tenía sobre la libertad de todos, hasta el punto de cambiar con una palabra un testigo en acusado y de mandarle encarcelar si se le antojaba.

—Señora—repuso—la ruego me perdone la tortura de nuevo con esta dolorosa historia. Sé muy bien que desea Ud. tan vivamente como nosotros que la luz se haga y que el culpable purgue su crimen.

Avisó con un signo al secretario, un mucha-



cho alto y amarillo, con cara huesuda, y el interrogatorio principió.

Pero desde las primeras preguntas que hizo á su mujer, el señor de Lachesnaye, que se había sentado viendo que no le invitaban á que lo hiciera, trató de sustituirla. Poco á poco fué exhalando su mal humor contra el testamento de su suegro. ¡Habíase visto! ¡mandas tan numerosas, tan importantes, que casi sumaban la mitad de la fortuna, una fortuna de tres millones setecientos mil francos! ¡Y á personas desconocidas en su mayoría, á mujeres de todas clases y condiciones! Hasta figuraba allí una vendedorcilla de violetas, instalada en un portal de la calle del Rocher. Era inaceptable; esperaba á que hubiese terminado la instrucción criminal, para ver si no había posibilidad de que anulasen aquel testamento inmoral.

En tanto que se lamentaba así, con los dientes apretados, manifestando lo majadero que era, provinciano de pasiones testarudas, hundido en la avaricia, el señor Denizet le miraba con sus gruesos ojos claros, medio cerrados, y su boca astuta expresaba un desdén celoso hacia ese impotente que dos millones no satisfacían, y al que, sin duda, vería algún día bajo la púrpura suprema, mérced á todo aquel dinero.

—Creo, señor mío, que sería Ud. vencido. El testamento sólo podía ser atacado en caso de que el total de las mandas fuese mayor que la mitad de la fortuna, y aquí no sucede eso.

Y volviéndose hacia su secretario, le dijo:

—Supongo, Laurent, que no está Ud. escribiendo todo esto....

Este, con una ligera sonrisa, le tranquilizó, como hombre que sabía distinguir.

—En una palabra—repuso el señor Lachesnaye, más agriamente—á nadie se le ocurrirá, supongo, que vaya yo á dejar la Croix-de-Maufras á esos Roubaud. ¡Semejante regalo á la hija de un criado! ¿Y por qué? ¿A santo de qué? Además, si queda probado que han tenido participación en el crimen....

El señor Denizet volvió al asunto:

—¡Hombre, á Ud. le parece?....

—Pues ya ve Ud., si conocían el testamento, bien claro está el interés que tenían en que muriese nuestro pobre padre.... Note Ud. además, que han sido los últimos que han hablado con él.... En una palabra, todo eso está poco claro.

Impacientado, combatido en su nueva hipótesis, el juez se volvió hacia Berta.

—¿Y Ud., señora, cree Ud. á su antigua amiga capaz de semejante crimen?

Antes de contestar, miró Berta á su marido. Con sólo algunos meses de matrimonio, su aspereza y su sequedad se habían exagerado. Se corrompían mutuamente, él era quien la había azuzado contra Severina, hasta el punto de que por sólo quedarse con la casa, la habría mandado encarcelar inmediatamente.

—¡Qué quiere Ud. que le diga, caballero!—acabó por decir;—la persona de que Ud. me habla tenía muy malos instintos cuando era pequeña.